



Ra Ximhai

ISSN: 1665-0441

raximhai@uaim.edu.mx

Universidad Autónoma Indígena de México
México

Perfecto Sánchez, José Ricardo
LA MISIÓN DE UN DISCURSO FILOSÓFICO EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ
Ra Ximhai, vol. 9, núm. 2, mayo-agosto, 2013, pp. 17-44
Universidad Autónoma Indígena de México
El Fuerte, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=46127565002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



RAXIMHAI ISSN-1665-0441
VOLUMEN 9 NÚMERO 2 JULIO-DICIEMBRE 2013
17-44

LA MISIÓN DE UN DISCURSO FILOSÓFICO EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ

THE MISSION OF A PHILOSOPHICAL DISCOURSE IN PEACEBUILDING

José Ricardo Perfecto Sánchez

Resumen

En respuesta a la invitación para participar en el Primer Seminario Internacional en Resolución de Conflictos y Construcción de Paz, decidimos investigar y escribir sobre “La misión de un discurso filosófico en la construcción de la paz” por considerar que es más importante discurrir sobre el fenómeno social de paz, que seguir acentuadamente preocupados por analizar la violencia en todas sus manifestaciones; y, aunque suelen convivir en nuestro quehacer cotidiano, pareciera que predomina la violencia sobre la paz. En nuestro caso, hemos preferido optar por el análisis y adhesión a la propuesta de una Epistemología sistémico-compleja para construir la paz de Alfonso Fernández Herrería y María del Carmen López López, acompañada de un pensamiento antrópico de Tomaso Bugossi tipificado por su fundamento metafísico ontológico, epistemológico y axiológico en cuanto aplicable a la Educación para la Paz o Educación en valores. De ahí que se analizan en este artículo los siguientes puntos: un concepto integral de ser humano como sujeto-persona, la distinción entre Filosofía y filosofías, un discurso filosófico, misión de un discurso filosófico, y construcción de la paz.

Palabras clave: Misión, discurso filosófico, educación, valores, violencia y paz.

Abstract

Attending to the invitation for participating into the First International Seminary on Conflict Resolution and Peace Construction, we decided to inquire

and write on “The mission of philosophical speech about Peace Construction, because we think that is more important to talk about social phenomenon of peace than about social phenomenon of violence, in spite of the tendency of investigating is to study violent facts.

In our case, we have preferred to choose for examination and support the proposal of Alfonso Fernández Herrería and Mary del Carmen López López on System-Complex Epistemology to built peace. At the same time we follow the Antropic Philosophy of Tomaso Bugossi in order to describe next points: an integral concept of human being like subject-person, distinction among Philosophy and philosophies, mission of a philosophical speech and construction of peace.

Key words: mission, philosophical speech, education, values, violence and peace.

“La verdadera paz no es simplemente la
ausencia de tensión: es la presencia de
justicia”

Martin Luther King Jr.

INTRODUCCIÓN

El hombre, sinónimo de todo ser humano, incluyendo al género femenino y masculino, en todo tiempo y lugar, en el cuándo y dónde haya existido, es una generalización abstracta de la especie humana, ya que no nos referimos ni a este ni a aquél hombre en particular, sino a cualquiera de ellos sin tomar en cuenta su raza, cultura e historia particular. En esta disertación no queremos hablar de este <hombre> considerado en abstracto, pretendemos más bien hablar del <hombre> concreto, del hombre “moderno” y “posmoderno”, del hombre de <hoy>, de ti, de mí, de nosotros en cuanto sujetos responsables y corresponsables de una determinada sociedad, que tiene su propia historia, su propia cultura como perteneciente a una determinada raza, que conforma con todas las otras, la humanidad manifestada en un conjunto de sociedades “soberanas” y caminan hacia una posible sociedad mundial.

Estos seres humanos nos encontramos en la actualidad dentro de un contexto nacional, internacional y mundial caracterizado por un conjunto de problemas ambientales, individuales, familiares y sociales, a nivel planetario, que mueve a decir a la filósofa Annalisa Noziglia que el “(...hoyes oscuro, se agigantan las tinieblas, sobresale la sombra del hombre, que ha llegado a ser el <gigante de arena>, que oscurece la luz; hombre sin fundamento ni valores, quien auto-constituyéndose, vuelve la espalda a Dios, acto de rechazo y olvido (...) el hombre de hoy está agitado, frenéticamente agitado, angustiado (...) es creador de una sociedad virtual, inhumana, todo y todos están al servicio del más fuerte”(Noziglia,A., 2006, p. 89).

En este vasto panorama, el hombre, desde principios de siglo XX, cifró sus expectativas de solución a tales problemas en la ciencia moderna, la ciencia positivista, la ciencia fáctica, la ciencia de los fenómenos experimentales, las ciencias del progreso de los pueblos, las ciencias que propiciaron la invención de tecnologías de punta, las ciencias que reconstruirían un nuevo paraíso, mundano e histórico, exclusivamente inmanente a la temporalidad de todo los seres como tales y destinados a la circularidad infinita y eterna de la materia.

Sin embargo, después de las guerras mundiales del siglo XX, de Vietnam y de Corea, seguidas posteriormente por la caída del Muro de Berlín y el derrumbe del bloque soviético acompañadas de la Guerra Fría entre las dos grandes potencias de entonces, Rusia y Estados Unidos de Norte América, un grupo de científicos y destacados pensadores de Occidente se reunieron en París en la última década del mismo siglo, para analizar a fondo el desencanto de los enormes avances científicos y tecnológicos, ante la presencia del incremento de violencia no solamente física, psicológica y cultural, sino también de violencia estructural manifestada en una constante índice de crecimiento de pobreza, desigualdades e injusticias. Estas voces fueron el eco de tantos reclamos silentes de numerosos pueblos agobiados por el hambre, las enfermedades, la insuficiencia y muchas veces carencias de oportunidades de salud, estudio y de empleo. Uno de los acuerdos más importantes de esta reunión fue la necesidad de recuperar las aportaciones de la Filosofía, en términos de no negar la valía y riqueza de las ciencias naturales y de las altas tecnologías, objeto de exaltación por parte del discurso predominante de la modernidad, a saber, el discurso “científico positivista”, y con claro desconocimiento de validez científica de las

ciencias sociales y, por supuesto de la Filosofía, pero sí con la intencionalidad de rescatar el reconocimiento de validez científica de aquéllas y por supuesto, la validez de certidumbre filosófica dentro del campo de los distintos saberes.

En este contexto, urge estudiar el papel que corresponde a la Filosofía como un factor, entre muchos otros, de reconstrucción de todo saber humano, ya que cuando alguno de éstos se yergue sobre los otros, está expuesto no sólo a lacerar a los otros saberes, sino a lacerarse a sí mismo, pretendiendo equivocadamente en asumir por sí mismo el criterio último de verdad, cuya fuente finalmente es el mismo hombre.

Si analizamos, sin prejuicio alguno, la historiografía de la ciencia desde sus más remotos orígenes, podemos constatar ciertas evidencias que van desde primitivas creencias, mitos, literaturas, religiones, *doxai* (opiniones), *epistemai* (ciencias), artes, filosofías, teologías, ciencias modernas, tecnologías. Todo esto expresado y legado de generación en generación a través de lenguajes tales como éstos: simbólico, oral, escrito, pictórico, musical, mímico, virtual. Y entre los medios de comunicación lingüística está el más común y universal, el discurso oral y/o escrito. Existen muchos tipos de discursos y cada uno de ellos tiene sus propias funciones, aunque no siempre se observan en la práctica.

Todos estos saberes y discursos suelen responder a diferentes esferas de la realidad que nos envuelve sin dejar de ser parte de esa misma realidad. Pero, el problema de los saberes y de los discursos estriba en saber con certeza, ¿si la realidad en sí misma se agota en la materia, en lo cósmico, en lo físico, en lo temporal, en la inmanencia, reduciendo al ser humano en una simple partícula micro-cósmica? o ¿es acaso el mismo hombre el puente entre lo cósmico y ultra-cósmico, entre lo físico y lo metafísico, entre lo temporal y eterno, entre la inmanencia y la trascendencia? La respuesta fundada, que se dé a estos dos interrogantes, orientará el camino que recorramos en nuestra vida, influyendo significativamente en nuestro actuar cotidiano.

Cada uno de los discursos obedece a alguna de las dimensiones propias del hombre, más aún, cada discurso está expuesto al ejercicio libre de cada discursante, y suele ser el resultado de sus preferencias, más que de sus elecciones personales. En mi caso, procuro con mi intervención en este evento, reflexionar y compartir mis reflexiones con ustedes sobre el tema que he

denominado “La misión de un discurso filosófico en la construcción de la Paz”.

Para ello, me propongo analizar los siguientes puntos: 1) Concepto integral de <hombre> como sujeto persona de todo discurso humano; 2) Distinción de Filosofía de <filosofías>; 3) Discurso filosófico; 4) Misión de un discurso filosófico; y 5) Construcción de la Paz.

CONCEPTO INTEGRAL DE <HOMBRE> COMO SUJETO PERSONA DE TODO DISCURSO HUMANO.

Si se quiere discurrir sobre la misión de un discurso filosófico, es preciso buscar previamente una respuesta al interrogante sobre el sujeto que emite tal discurso, ¿qué o quién es el sujeto emisor? El mismo interrogarse ya es hacer filosofía, pues la pregunta misma alude a algo o alguien, a una cosa más entre tantas otras o a un sujeto interrogante y a la vez respondiente, el cual es llamado con la palabra <hombre>, <ser humano>, que designan tanto a la mujer como al hombre.

A primera vista, la palabra <hombre> apunta a su individualidad, es decir, a su corporeidad, que ocupa claramente un espacio determinado en un tiempo determinado, que son situaciones comunes a todo ser cuántico, orgánico e inorgánico, viviente o no viviente, independientemente de su edad y lugar de estancia. A medida que va creciendo, vamos descubriendo que llora, ríe, se enoja, habla, tiene emociones, aprende, duda, piensa, intuye y ama. Así, ese mismo hombre descubre el valor de la familia, de la sociedad y se va manifestando como hijo, hermano, compañero, amigo, ciudadano y persona. Cada una de estas determinaciones humanas tiene sus propias características, funciones, deberes y derechos. Pero no todas son tan claramente perceptibles como lo es nuestra individualidad al distinguirnos por nuestro tamaño, color, peso etc.

Las otras particularidades propias de todo ser humano requieren de una mayor atención reflexiva, que se alejan progresivamente más de la dimensión sensible y transitoria en nosotros sin jamás desprenderse del todo hasta nuestra muerte.

Históricamente se ha hablado y escrito mucho acerca del ser humano. Las reflexiones filosóficas sobre la esencia del mismo, es decir, aquello que constituye al ser humano como humano y lo hace diferente de todos los demás, han prevalecido a través del tiempo, a pesar de ser tan diversas y muchas veces contrastantes sobre las reflexiones meramente empíricas. Sin embargo, la llamada Antropología Científica Moderna se ha intensificado y difundido tanto en los dos últimos siglos que no pocos jóvenes y adultos también, aceptan sus hipótesis y teorías evolucionistas como si se tratara de leyes confirmadas por la ciencia, habiendo influido y sigue influyendo negativamente en la conciencia de los jóvenes. Hay que enfatizar al respecto, que este tipo de conocimiento antropológico se asienta exclusivamente en la dimensión del cosmos y se investiga así desde la perspectiva del sólo devenir, marginando la presencia del ser propio de <hombre>. De ahí que el filósofo genovés Bugossi diga que desde esta perspectiva, la doctrina acerca del hombre se mueve en el “plano de la horizontalidad de la Física, del Mundo, instancia pues cosmológica” (Bugossi, T., 2006, p. 55).

Aquí buscamos ir más allá de esta horizontalidad, aspiramos al descubrimiento de la Verdad ontológicamente trascendental, como criterio último de toda verdad, ya que estamos conscientes de que “El hombre no es el Absoluto, si así fuera, no tendría necesidad de plantearse problemas, interrogativos: sería un conocimiento de cada cosa en cuanto desligado, desunido de cualquier cosa, de todo problema. Pero es esta finitud la que permite reconocer el estatuto ontológico del hombre: es una finitud intrínseca de dinamicidad, de fogosidad, de sed de conocimiento y como tal es positividad” (Bugossi, T., 2006), p. 59).

El reconocimiento de este límite es saber “(...) reconocer que el hombre no es causa de sí mismo, que la propia causa reside en Otro, quiere decir reconocer la diferencia entre yo y este Otro. Aquel Otro que pone la distinción entre yo y mi semejante” (Bugossi, T., 2006, p. 56). Ese Otro, posee una palabra universal, es la palabra Dios. Palabra que no es un concepto, puesto que éstos son el resultado de la relación intencional de un objeto sensible con un sujeto cognoscente que lo aprehende intencionalmente para ser conocido por éste, relación ciertamente inaplicable en este caso a la palabra Dios. Tampoco la palabra Dios se refiere exclusivamente a la Divinidad propia de cada Religión, pues por encima de todo credo, teoría filosófica, ideología u opinión, la palabra Dios es una Idea intuitiva, propia de la inteligencia humana y en mi opinión e

la única idea innata al ser humano.

“El hombre, dice Bugossi, es lo que piensa y en el pensamiento están presentes por lo menos dos dimensiones, la de la fe y la de la razón. El saber intuitivo y el conocer racional. Dimensiones, como todas las otras dimensiones, en continua tensión: el hombre está continuamente en camino, tiende a... El desequilibrio en el hombre adviene cuando una de las dimensiones se autoproclama autónoma. Así de un lado estará el fideísmo conjugado con el fanatismo; del otro lado, el racionalismo conjugado con el absolutismo: ismos como negación de la fe y de la razón” (Bugossi, T., 2006, p. 25). Cuando se habla aquí de fe no nos referimos a la fe religiosa, sea cual fuere, sino a aquella que pertenece al hombre como ser racional, pues ella, para activada, requiere de la activación del razonar del hombre mismo. Recordemos dice el mismo filósofo Bugossi que “No hay un acto de razón que no esté acompañado de la fe, ni un acto de fe no sea recibido y garantizado por la razón” (Bugossi, T., 2006, pp. 23-24).

El ser humano, cada uno de nosotros, tenemos hambre y sed, porque tenemos un cuerpo biológico, tenemos necesidad de afecto y cariño, porque tenemos sentimientos y emociones, tenemos necesidad de aprender, porque tenemos una razón, tenemos aspiraciones de infinitud y eternidad, porque tenemos un espíritu, tenemos necesidad de amar y ser amados porque tenemos una voluntad dotada de libertad personal para elegir el bien personal y comunitario. Somos todo esto y esto se sintetiza en una sola palabra persona, que implica todas las facetas del ser humano, ontológicamente considerado, quien se desenvuelve y desarrolla e la dimensión cósmica del Universo con aspiraciones de participar de lo Infinito y Trascendente, que es Principio Absoluto de todo lo finito y eterno en cuanto a su fin último.

En cambio, esta vida agitada que llevamos hoy es el resultado de la fragmentación del sentido total de todo ser humano, el cual suele ser considerado como una mera partícula más de la naturaleza cósmica, y, aunque se diga que se trata de una partícula especial evolucionada, no deja finalmente de ser partícula; como un ser viviente animal, y aunque se diga que se trata de un animal racional perfeccionado, no deja de ser un animal más en el terreno del *bios*; como un ser compuesto de alma y cuerpo, reduciendo su alma a reacciones sentimentales, afectivas, emocionales y discursivas, infiriendo así que el ser

humano es un ser especial en el cosmos, pero al llegar su muerte, sólo perdura su recuerdo en la conciencia de algunos sobrevivientes, retornando al cosmos inanimado en perpetua evolución. Y, finalmente, muchos más que aquellos que se aferran a las posturas anteriores, vislumbran un horizonte existencial, propio de todo ser humano, que traspasa el tiempo, y se mueve dificultosamente en este desconcierto hacia la verticalidad trascendente de una eternidad personal y comunitaria, intuida partir de su horizontalidad temporal e histórica donde día a día se forja su propio destino.

Desgraciadamente hoy se vive solamente cosmológicamente en un mundo exclusivamente inmanente, rechazando a priori la trascendencia óntica. Por eso dice Analissa Noziglia que “Nuestro mundo es un mundo desequilibrado en derechos humanos, desequilibrado en recursos y desequilibrado en población” (Noziglia, A., 2006, p. 89) y describe al hombre de hoy como alguien que “está frenéticamente agitado, tiene miedo al sufrimiento, todo lo quiere planificar, es creador de una sociedad virtual, inhumana, todo y todos están al servicio del más fuerte, de quien quiere y puede con mayor arrogancia. El hombre es el dominador absoluto y no entiende que este acto de poder hacia sí mismo y el mundo lo encaminan a la desesperación, a la catástrofe” (Noziglia, A., 2006, p.89). Este hombre no quiere reconocer la existencia de un Ser Supremo, que es la Fuente de toda verdad y todo bien, porque tiene miedo de poder encontrarse con Alguien, que sí es Absoluto, Omnisciente, Omnipotente y Perfecto, mientras que nosotros somos limitados e imperfectos; la finitud nos acompaña, pero esta misma finitud, dice Bugossi, *“remite a su causa infinita, pues es un finito que tiene sed de infinito, que se extiende trascendiéndose. La interioridad funda la autoconciencia, trascendiéndola”* (Citado por Perfecto, J.R., 2008, p. 290).

Nosotros no estamos destinados ciega y fatalmente a la nada, como dice Jean Paul Sartre. No somos ni siquiera polvo, ni animales, ni ángeles, ni mucho menos Dios. Somos simplemente seres humanos en tensión, atraídos por dos fuerzas opuestas, la del bien y la del mal, la de la falsedad y la de la verdad. De donde se infiere la necesidad de una *paideia* (educación) que nos pueda realizar poliédricamente, es decir, atendiendo debidamente al desarrollo integral de todas las facetas que conforman el poliedro humano.

Por ello, el ser humano es un ser poliédrico que tiene muchas aristas que se nutren y desarrollan libremente en su historia junto con otros con expectativas

de mejoramiento de su bienestar total, con la esperanza de prolongar su existencia en un mundo ultra-histórico desconocido por nuestras experiencias empíricas, pero intuitivo por nuestra inteligencia, gracias a la espiritualidad interior que inunda nuestro ser.

“El ser humano es un ser histórico: entra en el mundo de la temporalidad y de la finitud, es decir, aquello que tiene un principio y un fin. Su inicio no depende de él, y por lo mismo, está sujeto a circunstancias que escapan a su dominio. Tiene conciencia de que él no se da su existencia a sí mismo, pues si fuera así se la daría en las mejores circunstancias. La realidad ha sido diferente, pues unos han nacido en etapas primitivas de desarrollo, otros en épocas avanzadas de civilización, algunos en grandes mansiones y otros en simples chozas de campesinos marginados. Nacimientos en tiempos diversos, en culturas distintas, en lugares con costumbres, religiones, idiomas, políticas diferentes, etc. Esta diversidad fáctica hace pensar en desigualdades humanas, individuales colectivas, que ponen en tensión la conciencia de cada viviente humano, que ha aprendido que todos los seres humanos somos iguales (...)” (Perfecto, J.R., 2001, 119) , constatando que esta supuesta igualdad no responde a la realidad que vivimos. Es aquí donde hay que buscar seriamente una respuesta que ilumine esta contraposición; y esa luz no la encontraremos alejados de la Palabra, cuyo reflejo llevamos todos en nuestro interior. Ahí es preciso descubrirla.

De aquí se sigue la necesidad de satisfacer esta aspiración del hombre hacia la trascendencia de lo Divino, y por ello el hombre ha de ser también un ser ultra-histórico. “(...) este distintivo específico lo proyecta hacia la intemporalidad, hacia la eternidad, hacia una trascendencia mundana, que va más allá de las funciones de la sensibilidad y de la muerte corporal. No se trata de un sueño sino de una auténtica aspiración de todo ser humano que puede detectarse por vías diferentes, tales como la Historia, la Arqueología, las Religiones, entre otras. Bastaría señalar, a manera de ejemplo el caso de la Colección de Cantares Mexicanos de la Biblioteca Nacional de México, en donde se plantea el problema que aqueja a los pensadores nahuas, quienes se preguntaban sobre la urgencia de encontrar algo verdaderamente valioso en *tlaltícpac* (sobre la tierra) en su relación con *mictlan* (el más allá), en estas dos estrofas:

¿A dónde iremos?

Sólo a nacer venimos.

Que allá es nuestra casa:

Donde es el lugar de los descarnados.

*Sufro: nunca llegó a mí alegría, dicha.
¿Aquí he venido sólo a obrar en vano?
No es esta la región donde se hacen las cosas.
Ciertamente nada verdea aquí:
Abre sus flores la desdicha.*"(León Portilla, Migue, 1974, p.59).

¿FILOSOFÍA Y/O FILOSOFÍAS?

Para hablar coherentemente de *un discurso filosófico sobre cualquier tema* es necesario aclarar el significado de Filosofía y de filosofías, así como de filósofo y profesor de Filosofía, porque cada una de aquéllas emplea cierta terminología propia de acuerdo al propio pensar de los filósofos que las escribieron. Después de esta aclaración voy a señalar la concepción de Filosofía que asumo con el fin de analizar un discurso filosófico, que es el que responde a mi concepción de Filosofía, consciente de que existen muchos otros.

La mayoría de nosotros estudiamos Historia de la Filosofía o Historia de las doctrinas filosóficas en el Nivel Medio Superior y pudimos constatar una diversidad de corrientes filosóficas, que muchas veces nos confundían sin tener claridad ni menos certeza de las afirmaciones y negaciones que logramos aprender de sus representantes.

Parto aquí pues, de la premisa que afirma que la filosofía es una por naturaleza, pero es múltiple en sus expresiones, que generan teorías o doctrinas filosóficas. Desde la antigüedad griega hasta el presente han prevalecido ciertas dicotomías existenciales fundamentales en el pensar, hacer y actuar del hombre, que nos han distanciado cada vez más del Eje conductor de nuestras vidas, el Sumo Bien identificado con la Verdad Absoluta. Las más conocidas son el ser y el devenir, la permanencia el cambio, substancia y accidente, materia y espíritu, inmanencia y trascendencia, verdad y falsedad, bondad y maldad. Cualquier postura extrema en cuanto a la preferencia por uno de esos elementos, se aleja de la Filosofía como tal y en el mejor de los casos se agrega una doctrina filosófica más.

Considero ante todo, que toda ciencia se va integrando por verdades singulares en su campo de investigación, a través de un sinnúmero de teorías científicas en sus diversos campos de estudio, a tal punto que todas ellas

buscan aproximarse al Ideal de cada una de ellas, conscientes los científicos de que el campo de la realidad que investigan es inmensa. Algo similar sucede con la Filosofía. Es decir han existido muchas filosofías y todas ellas han pretendido responder de una u otra manera a los interrogantes más importantes de la vida humana: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? Y sobre todo esta pregunta: ¿qué sentido tiene mi vida y existencia en relación conmigo mismo, con los demás y con la misma Naturaleza?

“El nihilismo, dice el filósofo genovés Bugossi, constituye el filosofar de hoy, él niega la inquietud y postula certezas que nacen del olvido de lo divino. Quitado lo divino de la escena, se da la arrogancia de la razón que se coloca como absoluta, que no se da cuenta que se vuelve ciega, cayendo así en la <estupidez>, pues se pone al servicio de la pura fenomenocidad, del mero dato descriptivo” (Bugossi, T., 2006, p. 55).

En esta línea de análisis, el doctor Darós con una visión aguda del pensamiento de Lipovetsky, afirma que se va dando un consenso tácito de una nueva forma mayoritaria de comportarse, caracterizada por un mínimo de coacciones y un máximo de elecciones privadas posibles; con un mínimo de austeridad y un máximo de deseo de confort; con la menor reprensión y la mayor comprensión ante las conductas de los otros. Por eso, señala textualmente que “el individuo en este clima posmoderno, sigue relacionado con la sociedad: se ha roto la uniformidad en las conductas, valores y culturas. Se psicologizan las modalidades de la socialización” (Darós, W.R., 1998, p. 216).

Urge pues, “Plantearse el sentido del problema de la Filosofía después de haber respondido a la pregunta primordial, ¿quién soy yo?, y esto es ponerse en sintonía, relacionarse con la escucha de la Palabra: corresponde al hombre desear o no acogerla. Y quien la acoge, la acoge de manera personal: la Palabra es una, pero son múltiples las posibilidades de acogida; cada quien establece la propia relación y desde esta relación se desarrolla nuestro ser antrópico” (Bugossi, T., 2006, p. 52), que no se ancla en lo meramente cósmico sino que se abre a la dimensión ultra-cósmica.

Nuestra primera pregunta en este punto de análisis se dirige hacia la concepción de *Filosofía*. Su planteamiento puede ser algo inconsciente y a modo de un supuesto cultural. Por ejemplo si nos preguntamos ¿qué es la Filosofía?,

la misma pregunta está permeada de inmanencia, ya que se refiere a qué cosa se entiende por ella, aludiendo a la dimensión cósmica de los entes corpóreos; pero, si la pregunta la planteamos en otros términos, a saber, ¿cuáles son los objetos de estudios, material y formal, de la Filosofía?, entonces la respuesta queda abierta a otra alternativa.

Desde esta perspectiva, el objeto material de estudio de la Filosofía es toda la realidad inteligible, que implica tanto lo sensible como lo razonable. Por ende, concretizando esto se puede afirmar que tal objeto se refiere al estudio riguroso y sistemático del Mundo, del Hombre y de Dios, considerado no como lo hacen la Teología, la Antropología, la Astronomía y todas sus ciencias particulares que acompañan a cada uno de estos objetos materiales en el sentido de contenidos, atendiéndolos a través de sus causas inmediatas de acuerdo a su propio método, sino iluminado por la luz propia de nuestra razón e inteligencia, recurriendo no sólo a la Causa última o Primera de tal objeto material de estudio, propio de la Filosofía, sino también a la búsqueda del sentido de todos los entes, que es lo que justifica la armonía no solo del mundo (*Kosmos*) sino también del hombre y de Dios.

En este apartado me aboco a examinar con cierto cuidado los pilares de la filosofía o metafísica antrópica, que, a primera vista pudiera parecer una teoría más, y ciertamente en parte lo es, pero su contenido es tal que busca constituirse como la piedra angular de todo filosofar serio, riguroso y siempre abierto al desarrollo del pensamiento y acción, fincados en el Ser.

“La Filosofía Antrópica, dice Bugossi, coloca a la Gnoseología como instancia central para el propio filosofar. Según esta perspectiva, que es mi perspectiva, el discurso teórico, se inscribe en una tríada articulada de este modo: **metafísica-gnoseología-ética; ética-gnoseología-metafísica. Cuando el hombre reconoce eso que es –lo que quiere decir-, saberse, se moviliza, se dispone a la acción**” (Bugossi, T., 2011, p. 59). Es preciso subrayar que el término de metafísica, ha sido interpretado diversamente, especialmente a partir de la época moderna, época en la que se han destacado dos acepciones, la idealista y la materialista. Ambas adolecen de la fragmentación de la realidad, encerrándose en la “caverna” platónica de las sombras de la realidad y aposentándose en la morada del mundo sensible. En cambio, la Metafísica Antrópica, ni es Antropología Científica materialista ni idealista.

Se trata de una <experiencia> metafísica, que se sustenta en lo ontológico, referente no sólo a los entes temporales sino al Principio de todos ellos, el Ser quien es Eterno, sin principio ni fin, pero sí Principio y Fin de todos los entes. La metafísica antrópica se centra en el conocimiento del hombre, que presupone al sujeto cognoscente, quien atraído por todo aquello que es digno de amarse o retraído por todo aquello, que lo envilece, actúa libremente, durante su vida temporal, o como un ser mundano o como un ser ultramundano, excluyéndose entre sí, o más bien como un ser histórico, quien tiende a lo infinito.

El ser humano es finalmente, un poliedro, es decir, tiene muchas dimensiones, íntimamente relacionadas entre sí, de modo que todas ellas constituyen la unidad del hombre. Y así, el hombre completo, erecto ante el Ser, Verdad y Amor, está abierto a la trascendencia divina.

DISCURSO FILOSÓFICO.

Todo discurso humano nos obliga a pensar en un sujeto que discurre, un objeto determinado de la realidad sobre el que se discurre, una comunicación congruente con la realidad referida, una secuencia lógica y una argumentación adecuada al tipo de discurso. Se podría decir que es el medio connatural al ser humano para aprender algo con conocimiento de causa, es el medio más digno y noble de comunicación intersubjetiva del hombre. Sin embargo, este medio es susceptible de manipulación y, por consiguiente está sujeto a posibles desviaciones de sus funciones propias.

Una enseñanza previa a todo discurso, es la constatación de comunicación entre otros entes, pero de una manera necesaria o instintiva. Baste para ello observar el ciclo del agua, las migraciones de aves, los avisos de animales ante el peligro, las estaciones del año etc. En todos estos casos y semejantes existe una comunicación de equilibrio, de armonía. Pero, al presentarse el hombre en la tierra surgió y sigue surgiendo la posibilidad de desequilibrio, de desarmonía de él consigo mismo, con los demás y con la misma Naturaleza, que le brinda todos los recursos de subsistencia, porque su comunicación está sujeta al ejercicio de su libertad, y éste a la decisión de sus preferencias.

Nuevamente recurro a la doctrina filosófica del nihilismo sustentada por

Nietzsche y por Sartre entre otros, porque “(...) Vivimos en un contexto en el que hay ausencia del Valor y, por lo tanto, nos encontramos en un riesgo extremo que no viene tanto de la guerra, del terrorismo, cuando del peligro de vagabundear en la órbita de la Nada, porque nos hemos sacado la espina del Ser” (Bugossi, T., 2006, pp. 10-11).

“Hoy lo que cuenta, añade este filósofo, está esencialmente convertido en técnico-práctico; dicho en pocas palabras, se convierte en útil, vendible. Por lo tanto, tenemos la esencialidad del útil y la in-esencialidad de la filosofía (...) Por eso, el lenguaje filosófico requiere, algo más que la expresión precipitada; exige un apropiado silencio, más acorde al misterio que envuelve al Ser, el Evidente velado” (Bugossi, T., 2006, pp. 9-10).

El discurso filosófico requiere algo más que la aplicación de la Lógica, algo más del conocimiento científico, requiere de las aportaciones de todos los saberes conocidos, para poder entenderlos e iluminarlos antes de aplicarlos mediante sofisticadas tecnologías, ese algo más es el silencio y la Palabra: “(...) plexo inseparable que reenvía al origen de nuestra existencia. Plexo que en su propia intrínseca armonía es forma de lenguaje (...) La palabra que no brota del silencio siempre es charla, banalidad. La charla no necesita de los silencios de la meditación, de las pausas de la reflexión, de la parada para ver, de la contemplación, por supuesto. La palabra esencial por el contrario brota del fuego interior, del silencio, y también cuando el mismo silencio se transforma en palabra, la palabra generada está llena de silencios, en cuanto está revestida de silencios expresivos. Quien habla es un “entero”, estoy aquí, hablo con todo mi ser y no sólo con la boca: también mi las manos, mis ojos hablan. Es el discurso no dicho que se incorpora en lo hablado” (Bugossi, T., 2011, p. 1).

El discurso filosófico no sólo es resultado de la reflexión racional, sino también y sobre todo es el resultado de la intuición intelectual, que ilumina a la razón. Así, se pasa de la reflexión a la meditación que brota cuando nos encontramos de frente a una verdad decisiva, a un descubrimiento esencial que compromete la integralidad de nuestra existencia. De esta manera se puede afirmar que la “Contemplación es intuición de la verdad, es saber intuitivo que se pone en relación al conocimiento discursivo (...). El discurso racional ratifica la intuición poética, el acto o momento creativo” (Bugossi, T., 2011, p. 2).

El discurso está plasmado de palabras pues son éstas la fuente de todo

proceso cognoscitivo, “(...) porque no puede existir pensamiento sin palabras, con toda la carga que ello comporta de referencias a la experiencia sensible. La palabra es memoria, historia, conocimiento, camino de la verdad. Para volver a la escucha, lo reafirmamos, en cuanto el lenguaje testimonia la naturaleza del hombre como apertura a la Verdad, pero la verdad de las palabras es una verdad que el hombre descubre mas no crea. Es la Verdad que ilumina las palabras” (Bugossi, T., p.4).

El discurso filosófico no es sólo expresión de una contemplación egoísta y abstracta de verdad en la certeza, ya que todo resultado encontrada, es una vinculación de contemplación y acción íntimamente unidas, no se excluyen, mas bien se integran.

El discurso filosófico no menosprecia el hacer y la eficiencia en el hacer, sino que los ennoblece, reorientándolos hacia el ser personal, quien es el que hace y es eficiente, ya que los productos de su trabajo nunca podrán equipararse a la riqueza y dignidad de su hacedor. Quiero terminar este punto con estas palabras de Bugossi:

“El hombre no está solo, está en comunión-comunicación con lo creado y con su Creador. Todos los seres, también en su sustancial diferencia, a través de la palabra, tienden a la unidad. Es la unidad la que no nos hace extraños. Si no somos extraños, el diálogo es posible; podrán existir dudas, enojos, mas, en sustancia, todo puede reconducirse (...) Nuestro comunicar es “finito”, y en cuanto es finito, debemos ser conscientes de la posibilidad del yerro: el error es nuestro compañero de viaje. No se puede vivir en la certeza, ya que cada resultado obtenido debe ser, incesantemente, vuelto a considerarse, y en esto consiste, precisamente, la belleza del filosofar” (Bugossi, T., 1996, pp. 67-68).

El discurso filosófico involucra al “ser y obrar, obrar y ser: relaciones éstas que satisfacen enteramente, que nos disponen a la auscultación de la Palabra, aquella Palabra que nos urge a volver a considerarnos a nosotros mismos. Así, emerge mi interioridad, aquella interioridad que es <sede> de la Palabra; Palabra que, simultáneamente, nos dispone a la búsqueda de nuestro ser y nos indica el recorrido para llegar a la visión contemplativa de la Verdad. El recorrido, por ello, llega a ser inter-actuante” (Bugossi, T., 1996, p. 61).

Estoy de acuerdo con Tomaso Bugossi, al afirmar que “el discurrir filosófico es metafísico o no es” (Bugossi, T., 2006, p. 13), entendido, añadido, como

un discurrir metafísico ontológico, que parte de lo fenoménico inorgánico y orgánico, en su relación con el hombre, de lo humano individual y colectivo, personal y comunitario, buscando el desarrollo integral del ser humano en todas sus facetas en cuanto ser histórico y ultra-histórico.

MISIÓN DE UN DISCURSO FILOSÓFICO.

Cada uno de todos los saberes del hombre tiene sus propios objetos de estudio y su misión específica, y todos ellos son el resultado del estudio e investigación del mismo hombre, en su relación con la naturaleza misma en general, con sus semejantes y consigo mismo, quien busca incesantemente tener un conocimiento más profundo de las cosas, de los animales, del hombre en cuanto ser humano y de Dios, en pocas palabras, en su relación con toda la realidad. Seguir pensando que alguno de estos saberes es superior a los otros, o peor aún, situarse como la raíz y cima de todos los otros, sería no sólo absolutizarse dentro de la dimensión meramente horizontal o cosmológica e inmanente, sino que quedaría expuesta también a las nefastas consecuencias de orgullo y soberbia.

¿Qué se busca con cada saber? ¿No acaso la superación y perfeccionamiento del hombre mismo considerado como un ente personal y social?; pero, ¿qué sucede cuando alguno de ellos se aparta de esta misión común, dañando a otros, privándolos injustamente de su vida o negándoles el acceso a satisfactores de salud, educación, empleo y descanso vacacional dignos? Obviamente, se incrementan las desigualdades circunstanciales de la vida, surgen en mayor número las injusticias, generando violencia física y violencia estructural. Por lo mismo, la misión de toda clase de saber humano es vigilar la dignidad de las personas, procurando en lo factible, satisfacer equitativamente las necesidades básicas de todo ser humano, porque, independientemente de la diversidad de culturas y naciones, todos conformamos la humanidad, reflejada en todos los seres humanos. De ahí que se hable ya en las últimas décadas de un proceso latente de integración de una sociedad mundial. El hombre busca el éxito, el progreso, su felicidad en un ambiente de respeto, de solidaridad, de participación, de unión, de armonía, de paz.

Mas, esto no podrá darse, mientras persistan fragmentaciones del ser del

hombre, de la naturaleza y de Dios. Pero cuando se fragmenta a Dios, entonces se fragmenta también al hombre y a la misma naturaleza. Entra así el desorden en todo y la violencia se convierte en el pan de cada día, se abren así las puertas a toda clase de relativismos, donde prevalece la afirmación de que <nada es verdad, nada es mentira, todo depende del color con que se mira>. A esta afirmación se llega, cuando se suprime a Dios como Criterio último de verdad y por supuesto de todo bien. Escuchemos al respecto el texto de Nietzsche, tomado de su libro *La Gaya Ciencia*:

“¿No oísteis hablar de aquel loco que en pleno día corría por la plaza pública con una linterna encendida, gritando sin cesar: <¡Busco a Dios! ¡Busco a Dios!>. Como estaban presentes muchos que no crían en Dios, sus gritos provocaron la risa (...) El loco se encaró con ellos, y clavándoles la mirada, exclamó: ¿Dónde está Dios? Os lo voy a decir. Le hemos matado; vosotros y yo, todos nosotros somos sus asesinos. Pero ¿cómo hemos podido hacerlo? ¿Cómo pudimos vaciar el mar? ¿Quién nos dio la esponja para borrar el horizonte? ¿Qué hemos hecho después de desprender a la Tierra de la órbita del sol? (...) ¿No caemos sin cesar? ¿No caemos hacia adelante, hacia atrás?, en todas direcciones? ¿Hay todavía un arriba y un abajo? ¿Flotamos en una nada infinita? ¿Nos persigue el vacío? ¿No hace más frío? ¿o veis de continuo acercarse la noche, cada vez más cerrada? (...) ¡Dios ha muerto! (...) ¡Y nosotros le dimos muerte!”¹.

Este es un ejemplo, entre tantos otros, que revelan la situación del hombre que vive agitadamente, al menos la mayoría, que corre de aquí para allá sin metas claras ni muchas veces planteadas, no sabea dónde ir, está desorientado, busca luz hacia fuera y no la encuentra, urge que se dé cuenta de que esa luz la tiene dentro de sí mismo, debe buscarla en su interior, con libertad y dispuesto a comprometerse con ella, pues esa luz es la Verdad, que lo guiará hacia el descubrimiento de verdades particulares, que lo muevan hacia la adquisición de bienes, que lo realicen junto con los demás, que le rodean, en armonía y paz.

Para ello es preciso rescatar la misión de un discurso filosófico, que no pretenda ser hegemónico en el vasto panorama de los saberes, sino que respetando y reconociendo la misión de cada uno de ellos, logre incorporarse a ellos como un interlocutor más en la búsqueda de soluciones y alternativas de solución a los problemas humanos, cuya raíz está en el problema del hombre mismo, quien no sabe quién es, o no quiere saber quién es en su totalidad, lo cual manifiesta que el problema radical del hombre, no sólo está sólo en el

¹ El loco de Friedrich Nietzsche en www.nietzscheana.com.ar/textos/de_lagaya_scienza.htm

conocer la verdad de si mismo en sus múltiples relaciones con todos los demás entes, sino sobre todo en el ejercicio de su libertad, facultad que le mueve a auto-determinarse en cada paso de su vida.

La misión de la Filosofía debiera derivarse de su sentido originario, proveniente de las raíces griegas de tal palabra, a saber, *sophia* y *philos* que significan Sabiduría y amigo respectivamente. Mas, para ser amigo de la Sabiduría, se requiere primero reconocer que ningún ser humano puede realmente constituirse como si él fuera la Sabiduría, ya que ésta no es solamente un conjunto de conocimientos, sino que es la suma de todo conocimiento, que se identifica con el Ser, el Arjé de todos los seres y entes, la Realidad misma, que así misma se conoce en su totalidad y hacia fuera en el Universo creatural, incluyendo al ser humano como su imagen y no como su huella. En este sentido, la sabiduría en el hombre consiste en aspirar y estar cada vez más cerca de la Sabiduría misma, entablar diálogos con ella, que nos enseñe a dialogar con las otras “imágenes” de Dios.

En este punto, pues, el discurso filosófico debiera ser primordialmente la expresión de esa búsqueda de amistad, pues sin ella, que difícil es encontrarnos con verdaderos amigos. Por consiguiente, la misión de un discurso filosófico, ya que hay muchos otros que debemos respetar, es invitar a todos a hacer un recorrido juntos en la búsqueda de la Verdad y del Sumo Bien, esforzándonos por descubrir y vincular verdades particulares en cuanto debidamente sustentadas, que nos permitan acceder a bienes compartibles equitativamente, pero movidos por un amor sin máscaras a los demás.

“La tarea del filósofo, dice Bugossi, es pues, de plantear preguntas a la manifestación del Divino; el hombre es un finito que tiene sed de infinito. El que pregunta es finito; es uno que no conoce la respuesta; si ya la conociere, sería Dios. El hombre por lo tanto, no podrá jamás acoger a Dios en su totalidad; el misterio será siempre misterio; aquí está la fuerza y no la debilidad del pensar” (Bugossi, T., 2006, p. 55).

CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ.

Construir la paz no es algo intangible, ni es un sueño, ni una ilusión, porque

se puede constatar en las acciones de los hombres y mujeres, se construye conscientemente y se va construyendo a partir de nuestra realidad personal y social en los contextos geográficos, económicos, políticos y culturales propios de cada uno y de cada sociedad. Y, si para construir una casa, un edificio, una fábrica, un puente etc., se requieren no sólo conocimientos adecuados a tal o cual tipo de construcción, sino saber hacerlo juntamente con muchos otros agentes de la construcción, debiendo contar además con todos aquellos insumos y herramientas para lograrla, así también en la construcción de la paz se necesitan primeramente conocimientos específicos sobre la paz y sobre sus agentes contrarios, acompañados de vivencias y experiencias individuales como de las de otros constructores de paz. Asimismo, esta construcción no es obra de un sola persona sino de todos aquellos que conforman una determinada sociedad de acuerdo a sus propios entornos.

Dígame algo semejante en relación con la durabilidad, seguridad y satisfacción de las construcciones hechas, los resultados de estas garantías no son para siempre; unas tienen mayores índices de persistencia pero todas, además de su debido mantenimiento, se deterioran y se acaban. Así suele suceder con las construcciones de paz, con la aclaración de que en este tipo de construcción, todos, independientemente del oficio y profesión que desempeñemos en la sociedad, tenemos la obligación moral de ser constructores de paz, pero también tenemos la obligación jurídica de vivir en paz, mediante el debido cumplimiento de nuestras obligaciones contractuales, base del orden y armonía sociales, que facilitan una sana convivencia entre los diversos sectores y status social de cada uno de los miembros de una sociedad.

En la práctica, pareciera que toda teoría al respecto, se derrumba ante la presencia constante de violencia en el mundo, algunas veces menos y algunas veces más, como sucede en la actualidad de modo que nos vemos envueltos más por la preocupación por abatir la violencia que por promover la paz, como puede servirnos de ilustración los siguientes datos. Por ejemplo, en la consulta que se hizo en 2011 al Centro de Información sobre Recursos Educativos sobre4 violencia y paz, se detectaron 9027 referencias bibliográficas sobre violencia y sólo 4666 sobre paz. Estos datos fueron confirmados al consultar los datos de SCOPUS, el mayor navegador científico de la Web, habiendo aportado los siguientes resultados: sobre violencia 39 100 mientras que sobre paz fueron 16 515 (Fernández H., A y L.L., Ma. Del Carmen, 2014, p. 2).

En esta línea de investigación centrada más en la polemología que en la irenología se refleja también la tendencia predominante de apoyar en la práctica, investigaciones, programas, recursos económicos sobre las guerras y violencia física y directa. “Se plantea así la necesidad de construir una fenomenología de la paz que reconozca su diversa y rica presencia en las realidades sociales (Comins, 2002). Muñoz (2004:900) propone realizar un <giro o inversión epistemológica>. Desde esta posición proponemos una reconversión que nos aproxime al desarrollo de epistemologías complejas de la paz, imposibles de abordar sólo desde la paz” (Fernández H., A. y L.L., Ma. Del Carmen, 2014, p. 3).

“Buscar una comprensión multilateral no se queda sólo en un enriquecimiento puramente epistemológico, sino que tiene consecuencias prácticas. La teoría de la paz busca iluminar para que la intervención en los problemas humanos, que eventualmente pudiera producirse por los actores que corresponda, esté más fundamentada. Este campo de la intervención muestra potencialidades muy interesantes para la construcción de la paz. Desde el enfoque centrado en la violencia, que privilegia la mirada sobre los hechos violentos (estudio de sus causas, desarrollo, consecuencias...), la intervención se mueve fundamentalmente en la perspectiva *curativa*² o *correctiva*. Esto supone corregir los errores ya cometidos y sus consecuencias, pero este tipo de intervención implica ir siempre detrás de los hechos, de las múltiples manifestaciones concretas de la violencia. En cambio, en la práctica de una epistemología sistémica, la visión desde la paz (y no sólo desde la violencia) está también presente haciendo que la intervención tenga un carácter *preventivo*, al implementar acciones o promover estrategias en función de los actores, circunstancias y contextos, destinadas a desarrollar la cultura de paz y evitar, en lo posible, la aparición de la violencia. Esta perspectiva preventiva confiere una *ventaja estratégica sobre la violencia*, ya que permite adelantarse a su aparición en lugar de actuar después de manifestarse los fenómenos violentos”. (Fernández H., A. y L.L., Ma. Del Carmen, 2014, p.4).

Los autores de esta propuesta señalan luego que, si se atendiera sólo a la parte preventiva, no se resolvería el problema de la violencia vigente, de ahí la necesidad de trabajar paralelamente desde una perspectiva curativa de la violencia. Por ello, agregan, la estrategia en este punto es conocer y profundizar en el conocimiento de las causas concretas de un fenómeno violento, para luego generar programas y acciones que restablezcan la paz, (véase Morín, 1994; 2000).

En términos generales y siguiendo la propuesta de la epistemología sistémica compleja, surgen nuevos compromisos desde la visión de Educación para la

² Se ha comparado la enfermedad con la violencia y la salud con la paz. Cfr. Galtung (1993).

Paz. Primeramente, dicen ellos, que se puede cultivar la paz en las personas, fomentando valores, actitudes y comportamientos pacíficos, que generen un compromiso personal, familiar y comunitario, pues no hay que olvidar que no sólo están enfermos los violentos sino que la enfermedad está latente en todos (Véase Fernández H., A. y L.L., Ma. Del Carmen, 2014, pp. 5-6).

Estos autores enfatizan tres nuevas claves para mejorar la educación sistémica: 1) Replanteamiento del significado de educar; 2) ¿Cómo se educa en valores?; y 3) Examinar la organización y funcionamiento de la institución escolar.

Construir la paz es educar en valores. Para entender y comprender con mayor rigor este tipo de educación es preciso conocer este objeto de estudio, los valores, la paz, qué perfil deben tener los educadores, cuál el perfil de los educandos, qué significa educar en valores.

Los actores de la educación son muchos, padres y familiares, profesores, jefes y compañeros de trabajo, autoridades sociales en todos sus niveles de decisión. Las responsabilidades son variables en consonancia con sus funciones propias. Mas, la primera pregunta que se nos presenta, ¿acaso todos estos actores educativos tienen el mismo concepto de *educación*? Para unos, educar es socializar, para otros es instruir, para otros más es transmitir cultura. De alguna manera, estos conceptos debieran estar interconectados en la práctica, pero generalmente se muestran aislados entre sí, alejándose de una educación integral que abarca todas estas acciones y atiende a todas las dimensiones de todo ser humano.

Para incursionar en el discurso filosófico de educación para la paz, hay que partir del hecho de que educadores y educandos somos seres humanos, somos personas, al margen de cualquier cultura y época, por lo tanto somos sujetos de derechos y obligaciones, pero sobre todo, seres conscientes de que somos sujetos libres. Y precisamente por este privilegio, estamos expuestos a optar por la violencia o por la paz, términos que encierran muchas realidades, unas, que causan miedo, horror y muerte; y otras, en cambio, que dan alegría, seguridad y esperanza.

En nuestras manos está pues, querer construir la paz o seguir siendo

cómplices de violencia en el hogar, escuela, trabajo, centros y espacios de diversión y descanso. No todos somos profesores ni todos somos alumnos, pero en la vida todos somos educadores y educandos, buenos o malos. La educación tiene como misión primordial formar libremente a mujeres y hombres, competentes para colaborar eficaz y eficientemente en el progreso de su entorno, superándose a la vez y de manera constante en su desarrollo personal. Para ello, es preciso que cada educando descubra por sí mismo los valores que entrañan su formación, su educación, para que puedan ser atraídos por ellos y así luchen libremente por conseguirlos como parte de su vida.

No basta con atender el aspecto cognitivo de los estudiantes, es preciso cuidar el cultivo de sus sentimientos y emociones, sus habilidades artísticas y deportivas, despertar en todos ellos su interés y esfuerzo por adquirir no sólo los valores de la ciencia y del conocimiento sino también las virtudes correspondientes a ellos, y a todos los demás valores como individuos sanos, como ciudadanos responsables y como personas justas y caritativas consigo mismas y con los demás, y respetando y cuidando a la naturaleza como fuente de todo viviente.

Es fácil seguir los senderos fáciles y holgados en nuestro caminar cotidiano por la vida, negando, simplemente por negar, las dimensiones más elevadas de nuestro ser, que son las de nuestro espíritu, que no es solamente razón y conciencia, sino también memoria, entendimiento y voluntad, que nos permiten ser libres de modo que estas facultades son las que nos distinguen de todos los demás seres que nos rodean, y por ello, cuando no se quiere entender ni comprender la singularidad óptica del ser humano en su totalidad, se suele vivir arbitrariamente, irracionalmente y en síntesis en pleno libertinaje, donde cada quien puede hacer lo que quiere y desea, sin importarles la búsqueda de la verdad, pues la Verdad Absoluta no existe y sólo “creemos” en nuestras verdades, constituyéndonos nosotros mismos en criterios de verdad y de bien.

Por ello, un pensamiento filosófico antrópico asume al hombre y a la mujer en su totalidad, en todas sus dimensiones, y en este punto, por supuesto que defiende la libertad humana, no como una facultad para hacer lo que nos venga en ganas sino para actuar conforme a la verdad y bondad de las cosas, de uno mismo y de los demás. Así, la filosofía antrópica defiende la libertad desde una doble perspectiva: la preferencia y la elección, que debieran ser las

guías de todo ser humano en su recorrido hacia todo lo que es verdadero y bueno como metas intermedias hacia la Verdad y el Bien. Mas, es cierto que estas metas perseguibles en el comportamiento de los hombres no se nos presentan en sí mismas, sino que vamos descubriendo verdades y valores a través de dudas, incertidumbres, errores y hasta falsedades. Igualmente, el Sumo Bien no lo captan nuestros sentidos, pues si así fuera, dejaría de ser el Sumo Bien, pues todo lo que captamos empíricamente son bienes particulares. De ahí que diga el filósofo genovés Bugossi "(...) cualquier hombre siente en sí mismo los impulsos que han de ser conocidos, controlados y dirigidos según una decisión voluntaria de preferir y elegir (...)” (Bugossi, 1996, p. 36). Sin embargo, el hombre no es meramente un producto biológico, sino que posee vida espiritual, que no es fruto de la espontaneidad, que opera de acuerdo a los instintos, sino que es el resultado del ejercicio de su propia voluntad. Por ende, el doctor Bugossi agrega que "(...) la vida es el campo de las preferencias, y la existencia, él de las elecciones y de aquí se parte subjetivamente al valor máximo posible” (Bugossi, 1996, p,27).

Al aplicar estas premisas a la Educación para la Paz en el ámbito familiar, se debe evitar ante todo cualquier tipo de actitud de dominio del marido sobre la esposa y de ambos sobre sus hijos, apoyados en la antigua *Ley del más fuerte*, proclamada por Calicles, ya que todos los seres humanos gozamos de la misma dignidad personal, pues no somos cosas, vegetales ni animales, pero tampoco somos dioses, somos llanamente seres humanos, cuya especificidad se manifiesta en nuestro ser personal, caracterizado por nuestro espíritu y revelado mediante nuestro cuerpo, con funciones diferentes de sexo y roles socio-culturales.

Positivamente, si se quiere construir un seno familiar de paz y en paz entre todos sus componentes, es necesario fomentar relaciones intersubjetivas entre sus miembros de comunicación oral, actitudinal y factual de valores humanos, familiares y social, adecuadas a cada uno de ellos. Y todo esto de manera habitual y constante, distinguiendo y respetando las edades y funciones de cada uno de ellos.

Desde el ámbito escolar, retomamos algunas aportaciones de los autores de una Epistemología sistémico-compleja, que implica necesariamente consecuencias prácticas en los alumnos referentes a educación para la paz. De

hecho, el paradigma epistemológico clásico y tradicional en este aspecto se caracteriza por ser analítico, mecanicista y racionalista con un enfoque empírico, separando ordinariamente a los objetos de su entorno y de su observador. Así, físicos, biólogos, psicólogos, sociólogos han seguido este método. (Véase Fernández H., A. y L.L., Ma. Del Carmen, 2014, p. 10). Esto no es suficiente, debido a que los valores son cualidades o propiedades de las cosas y de los seres humanos.

Pero tampoco es suficiente el aprendizaje racional de los valores para producir un cambio de actitudes, sino que se requiere una educación que no fragmente al ser humano sino que lo considere y atienda de una manera integral: cabeza, corazón y manos, es decir, dimensiones cognitivas, afectivo emocionales, y acciones y experiencias (Véase Fernández H., A. y L.L., Ma. Del Carmen, 2014, p. 11).

“La Educación en valores en el ámbito escolar debe plantearse de forma natural y habitual, no como actividades aisladas y ocasionales, sino desde el contexto organizativo y de la vida del centro y a partir del desarrollo de todos los elementos del *currículum*. Además debe ser complementada en lo posible con la integración de esos valores al menos en el contexto familiar, y deseable, en los contextos locales, comunitarios y a mayor escala” (Fernández H., A. y L.L., Ma. Del Carmen, 2014, p. 12).

Finalmente, entre las reflexiones finales de estos autores, cabe destacarla siguiente: “Así es la paz que producimos, una paz humana, situada, histórica, imperfecta y, por eso, mejorable” (Fernández H., A. y L.L., Ma. Del Carmen, 2014, p. 20).

Desde mis reflexiones sobre la misión de un discurso filosófico en la construcción de la paz, me adhiero a la propuesta de una Epistemología sistémico-compleja para Educar en la paz. Pero, insisto en que toda propuesta educativa separada de su fundamento ontológico de ser humano, reducida a la racionalidad inferior del hombre y despojada del Criterio Supremo Axiológico, estará expuesta a recaer en el mundo del subjetivismo, de donde se seguirá su inestabilidad y transitoriedad.

Mi postura es antrópica, contemplo al ser completo del ser humano,

su racionalidad e inteligibilidad del hombre, del mundo y de Dios y procuro descubrir los valores de la Naturaleza y del hombre mismo, como palancas que me impulsen a descubrir el Valor Infinito del Ser, de la Verdad y del Amor. Mi metodología es la que Tomaso Bugossi llama con el nombre de la Dialéctica del ET-ET. No se trata de sumar discursos filosóficos sino de integrarlos en lo integrable.

CONCLUSIONES

En concordancia con el estudio presente, la primera inferencia consiste en la necesidad de considerar y atender a todo ser humano desde una perspectiva integral, satisfaciendo armónicamente cada una de sus necesidades no sólo como individuo, y ciudadano sino también como un ser social, comunitario y personal. El hombre, así concebido, se desarrolla y comunica horizontalmente con todos los demás seres, pero, a la vez, desde su interioridad, escucha y responde a la Palabra, que es Verdad y Bien Absolutos. Si así lo hace, se dispondrá a convivir pacíficamente con todos los demás.

Una segunda conclusión consiste en discernir las aportaciones racionalmente sustentables de cada una de las teorías filosóficas, para integrarlas a los ejes fundantes del ser, del conocer y del hacer, propios de la Filosofía, entendida no sólo como el saber exclusivo de los fenómenos contingentes sino también de los noúmenos eternos en cuanto medios que nos guíen al develamiento de la Verdad y el Sumo Bien.

Consecuentemente, podemos concluir que existen también muchos tipos de discurso filosóficos según el sustento de cada teoría filosófica. El discurso filosófico que proponemos aquí es un discurso antrópico, cuyo sustento es metafísico ontológico, gnoseológico y ético.

La misión de un discurso filosófico antrópico es evitar la fragmentaciones del ser del hombre, del mundo y de Dios, ya que la Realidad es Una, que se manifiesta y expresa en dos dimensiones ónticas, la trascendencia divina y la inmanencia cósmica.

Finalmente, la construcción de la paz no es una utopía, menos un sueño sino una realidad individual y social que se puede construir desde dos vertientes:

desde la perspectiva de la violencia con estrategias curativas; y la otra, desde la perspectiva de paz como medida preventiva.

A manera de síntesis, la conclusión general en el discurrir sobre la misión de un discurso filosófico para construir la paz, es convencernos de que la construcción de la paz no tiene conclusión sino que es un caminar constante hacia la Paz como síntesis de todos los valores.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

Bugossi, Tomaso (2006) *Metafísica Antrópica*, Rosario, Argentina, ET-ET Convivio Filosófico Ediciones.

_____ (1996) *Interioridad y Hermenéutica*, trad. del Italiano al castellano por Carlos Daniel Lasa y Susana Magdalena María Broggi, Buenos Aires, Argentina, Ediciones Gladius.

_____ (1996) *Metafísica del hombre y Filosofía de los valores según Michele Federico Sciacca*, trad. del Italiano al castellano por José Ricardo Perfecto Sánchez, Toluca, México, Universidad Autónoma del Estado de México.

_____ (2011) *El Evidente velado*, trad. de Carlos Daniel Lasa y Susana Magdalena María Broggi, Toluca, México, Instituto Mexiquense de Cultura.

_____ (2011) *La contemplación, espacio de la escucha*, Conferencia Magistral, fotocopiado.

Darós, W.R., (1998) *La Filosofía de la Educación Integral*, Rosario, Argentina, CONICET-CERIDER.

Fernández-Herrería, Alfonso y María del Carmen López López (2014), "Educar para la Paz. Necesidad de un cambio epistemológico" en *Convergencia Revista de Ciencias Sociales*, año 21, núm. 64, enero-abril, México: UAEM (en prensa).

León Portilla, Miguel (1974) *La Filosofía Náhuatl*, México, UNAM.

Noziglia, Analissa (2006) *Contemplazione: Metafisica Antropica*, Villa María, ET-ET Convivio Filosofico Ediciones.

París Albert, Sonia (2014) "Elementos Filosóficos para la Transformación Pacífica de los Conflictos", en fotocopiado.

Perfecto Sánchez, José Ricardo (2001) *Una reflexión filosófica sobre el concepto de ser humano en estudios para la paz*, Toluca, México, Universidad Autónoma del Estado de México.

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

Bugossi, Tomaso (2002) *Dialogo e organicità del sapere*, Génova, Italia, Edicolors.

_____ (1998) *Filosofia e Comunicazione*, Genova, Italia, Colors Edizioni.

_____ (2006) *Lo spazio del dialogo*, Villa María, Argentina, ET_ET Convivio Filosófico Ediciones.

Cortina, Adela (1996) *Ética*, Madrid, España, Ediciones Akal.

Galtung, Johan (2008) *La meta es el camino, Gandhi hoy*, trad. y edición de Fernando Montiel T., México, Trascend Peace University y Trascend México, Publidisa Mexicana S. A de C.V.

López Castañares, Rafael y Rodríguez Gómez, Roberto (2014) "El Pacto por México y la Iniciativa de Reforma Constitucional" en *Campus, Milenio Diario*, marzo 7, 2014, pp. 8-9.

López Martínez, Mario (dir.) et al., (2004) *Enciclopedia de Paz y Conflictos*, 2 vols., Granada, Editorial Universidad de Granada

MESOGRAFÍA

- 1.- Paz en es.wikipedia.org/wiki/Paz
- 2.- Desarrollo histórico de Educación para la Paz en html.rincondelvago.com/educación-para-la-paz.html
- 3.- Pacto por México en www.elsiglodtorreon.com.mx/noticia/814586.texto-ntegro...

José Ricardo Perfecto Sánchez

ricardo_perfecto7@yahoo.com.mx

Profesor Investigador de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMex), obtuvo el Doctorado en Filosofía con Mención Honorífica en la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México y un posdoctorado en Estudios para la Paz con énfasis en Antropología Filosófica, ha participado en numerosas conferencias internacionales en Italia, España, Argentina, Colombia y México y cuenta con varias publicaciones humanísticas, filosóficas y educativas.